

COMENTANDO

El cardenal Guisasola, Primado de las Españas, dice que debemos ir al pueblo, amar al pueblo y conquistar al pueblo

«He aquí, Venerables Hermanos y Amados Hijos, el campo que desde hace años está esperando el cultivo de los hombres sociales, que se dicen amantes de Cristo, dispuestos a sacrificarse por el bien del pueblo, cuya situación se agravará, con daño general, si cae en manos del socialismo. El avance de la democracia camina con movimiento acelerado y el fin inmediato será, de todas suertes, un aumento considerable del poder político del proletariado y una mayor intervención suya en el desarrollo de la riqueza. Los católicos, como tales, no tienen por qué resistir ese impulso. Desde el principio tienen dada la consigna de ir al pueblo, de amar al pueblo, de conquistar al pueblo para contribuir a su elevación material y moral. Ajenos circunstancialmente, o indiferentes, a las formas políticas de Gobierno, dos cosas podemos hacer: evitar que la preponderancia del proletariado pase antes por los terrores del comunismo, que bien puede ser para un pueblo enfermedad de muerte, y hacer que la reforma, que cada día más se impone, sea sustancialmente cristiana. ¡Gloriosa empresa, que bien pudiera ver realizada la generación presente!»

(Carta Pastoral del 11 de febrero.)

Llega hoy a mis manos la Carta Pastoral que me envía el cardenal Guisasola, editada en elegante folleto, cual cumple a príncipe de la Iglesia tan amante de las letras, y titulada «La Ley del Sacrificio». Si de la Pastoral quitásemos unas cuantas citas latinas, propias de su carácter episcopal, parecería un discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Quiero decir con esto, que no se trata de uno de esos documentos de catequesis rural tan frecuentes en la literatura eclesiástica, sino de un trabajo científico, digno de la gloriosa época en que el episcopado español asombraba al Mundo por la ciencia de sus titulares, y sus nombres, aureolados por la fama, pasaban los montes y eran pronunciados con respeto y admiración, no sólo en Roma sino en todo el Mundo católico. El Primado de las Españas, rindiendo tributo a la actualidad, dedica su luminoso trabajo al «momento presente», y después de analizarlo evangélicamente con arreglo a los preceptos de aquel divino sociólogo que se llamó Jesús, busca solución cristiana en la «Ley del Sacrificio». La palabra cardenalicia y episcopal, llega en buen momento. ¿La escucharán quienes se llaman cristianos, y a veces, por desgracia demasiado frecuentes, ni aun a sus preladados oyen? El tiempo lo dirá.

Lean, lean lo que dice el cardenal Guisasola, Primado de las Españas, y leyéndolo, aprenderán que los cristianos, como tales, no tienen por qué resistir el avance de la democracia, de esa democracia que camina con movimiento acelerado.

No he hecho otra cosa. ¿A santo de qué iba yo a resistir ese avance? Tengo siempre a mi vista, al alcance de mi mano, por sí mi memoria infiel las olvida, las enseñanzas supremas del Divino Maestro, y en ellas había aprendido, y no había olvidado, que quienes pueden dar están obligados a dar mientras dar pueden a quienes piden.

Lo que sucede es que mi cristianismo no es usurario, ni explotador, ni pirático, ni egoísta. Es más, no creo que sean cristianos, por mucho que vayan a novenas y a sermones y el santo nombre de Dios tengan en sus labios, quienes opinan que pueden vivir cristianamente explotando el trabajo ajeno, sin poner jamás a contribución el propio.

¿Callarán ahora, después de haber hablado un príncipe de la Iglesia? Por desgracia, aún seguirán chillando, y acaso suceda lo que sucedió en los tiempos en que los obispos excomulgaban a Nocedal y Nocedal decía que los obispos no tenían razón.

El cardenal Guisasola está en lo firme. De eso y no de otra cosa se trata: de impedir que caigamos en los terrores del comunismo y de lograr que el espíritu democrático del cristianismo se adueñe de la moderna democracia. Ahora, no soy yo quien lo dice. Lo dice nada menos que un cardenal, Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas...

JUAN DE ARAGON

La Corona de Hungría

Ofrecimiento que será rechazado

Bruselas, 24.—Corre el rumor, procedente de fuente inglesa, de que se ofrecerá la Corona de Hungría al conde de Flandes, último hijo del Rey Alberto. Si la noticia fuera verdadera, la oferta sería rechazada. (Agencia Radio.)

A PESAR DE LA VEDA



Entrada triunfal. —¡La cotorra del segundo!!

DESDE ROMA

LA FIEBRE POLITICA

Febrero

Hace ocho días que estoy en Roma, y aún me pregunto si no debería esperar otros tantos antes de escribir mis impresiones sobre la vida política de la capital de Italia. Porque, en estos momentos, aquí todo es vida política, todo es polémica, todo es pro y contra frente al tablero internacional.

No he visitado a ningún ministro—; no están en Londres los más importantes—; no he hablado con ningún «leader» de ningún partido, ni con ningún director de periódico. Las cartas de presentación se han quedado en la maleta. ¿Para qué interrogar a nadie cuando Roma entera es un Foro, una Loggia en los que todos los ciudadanos hablan de los asuntos públicos exuberantemente? Basta con montar en un tranvía—en uno de estos tranvías de Roma que parecen cestos de cangrejos, pues llevan gente en los topes, en los estribos y hasta colgada de las ventanillas—; basta con entrar en un bar o en una «trattoria» (taberna); basta con dar unas vueltas por la plaza de Venecia o el Coso Humberto, para sentir la palpitación del corazón romano. En Bolonia, en Venecia, en Florencia logra uno olvidarse de la cuestión del Adriático, y los nombres de Miguel Angel y Leonardo parecen más sonoros que los de D'Annunzio y Nitti. Pero en Roma, no...

En Roma, el propio viajero se encuentra mezclado a las pocas horas de su llegada al vaivén de las disputas políticas. Pasa un corriendo por las galerías de pintura, por las iglesias y las ruinas. ¡Adiós Roma de Stendhal, Roma de Taine! No hay tiempo ni ánimos para contemplar... La serenidad que comunica la visión del Moisés de Miguel Angel, el encanto de los atardeceres en el Coliseo, se disuelven en cuanto da usted dos pasos por el centro de Roma... Yo me pregunto cómo el noble y gran Rodó pudo sustraerse a esta atmósfera de disputas florentinas. Acaso porque veía a Roma con sus ojos puros de agonizante. A mí, Roma se me aparece como la ciudad de los Médicis durante las luchas civiles. Se respira aquí, más que el aire libre del Foro, el ambiente enrarecido de las «logias» o, si se quiere, de los pasillos y corredores ministeriales. En cualquier lado se tropieza con un nieto de Maquiavelo. Y se diría que la «Bocca de la Verità», arrinconada en el atrio de una iglesia del Trastevere, se sorprende de no recibir, como antaño, billetes de delación.

Esta fiebre política puede explicarse cuando ha comprado uno los periódicos de Roma y los ha leído y comparado entre sí. Casi no hay periódicos de información, neutros, grises, equilibrados, como algunos de París o de Londres. Todos, o casi todos, son periódicos de batalla y parecen escritos por hombres inflamados de pasión o excesivamente nerviosos. El pueblo recibe mañana, tarde y noche las sacudidas de ese papel impreso, que—no será un símbolo?—despide un penetrante olor de corrosivo... El pueblo italiano—basta verlo—es sufrido, estoico, fácil de moldear y de dirigir. Exactamente como el español. No es un pueblo de agudo sentido crítico, como el francés, ni consciente de sus derechos, como el anglosajón. Es un pueblo-niño. A mí me parece que se le excita demasiado, que se le dan, en letras de molde, alcoholes demasiado fuertes. ¿Por qué?

He aquí lo que me preocupa en Roma y lo que trato de comprender. No es cosa ardua comprobar que hay dos políticas: una oficial y otra interior o familiar. Las declaraciones de Nitti son siempre oportunas y mesuradas, y leyéndolas en Francia o en Inglaterra puede uno fácilmente imaginarse que representan el justo medio de la opinión italiana. Pero en cuanto se llevan unos días en Roma y se oyen los comentarios de la calle y se leen los periódicos, se comprueba el dualismo a que me refiero. No se trata, entiéndase bien, de esas dos políticas antagónicas, que representan el partido católico y el socialista. Esas políticas son de segundo término y perfectamente naturales. Lo que hay es que el conjunto de la política italiana tiene dos expresiones producidas por el mismo rostro. Ese rostro sonríe en París y en Londres, pero en Italia se apasiona y se crispa. ¿Por qué?

Se diría—no remontemos en la Historia para buscar ejemplos—que no han pasado los tiempos de Giolitti y que la política de Italia consiste en tomar hipotecas en todas partes, en colocar al país en una postura internacional que le permita orientarse en la dirección del interés inmediato al llegar un momento peligroso. Esto es una impresión, una suposición. En LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA están mis artículos sobre la cuestión del Adriático, y nadie que los haya leído puede dudar de mi simpatía profunda por Italia. Esta simpatía se ha acrecentado al ver de cerca a este pueblo, que no ha comenzado aún la convalecencia de la guerra y que durante la guerra ha sido uno de los más resistentes y mejor inspirados. En el balance de la victoria de los aliados el haber de Italia es de los mayores, y nadie que discierna un poco puede regatear méritos a la Potencia mediterránea. Pero hablemos francamente, cordialmente. ¿Los italianos creen de verdad que sus méritos se disminuyen o hay en algunos de sus jefes el propósito de hacerle creer en semejante disminución?

Si este propósito existe, ¿por qué existe? En tiempos de la Tríptica la política oficial parecía de acuerdo con la alianza; pero el sentimiento italiano era hostil a los Imperios Centrales. Esa hostilidad sentimental permitió la política de fusión con la Entente. Ahora hay en Italia ententistas y antiententistas. Ciertos políticos y ciertos publicistas cargan los colores y hasta envenenan las dificultades de la paz constituyente—que existen en todas partes—, y echan sobre la Entente la responsabilidad absoluta de estas dificultades, y particularmente sobre Francia. Digámoslo claro: hay germanófilos en Italia. Y esos germanófilos influyen directa o indirectamente sobre la opinión y suelen maniobrar desde arriba. Ahora bien; ¿qué utilidad puede tener, por maquiavélicamente que quiera procederse, una política germanófila en Italia? No parece posible, aun en sueños, una reviviscencia de la Tríptica. ¿Entonces?

Pues del mismo modo que media Roma mira al Vaticano y otra media al Quirinal, quieren algunos que media Italia mire al Occidente y otra media al Centro de Europa. Los que quieren eso están equivocados, y el juicio sano, o la misma inocencia del pueblo, concluirá por hallar el camino recto de una sola política internacional. Lo que le hace falta a Italia es un cambio de temperamento político. Los incidentes de estas últimas semanas—sobre todo el del pretendido proyecto de alianza francosudéslava—van a servirnos para acentuar un poco las líneas de este esbozo sobre la vida y las ambiciones internacionales de la Italia de hoy.

ALBERTO INSUA

Rogamos a los señores suscriptores de provincias y extranjero que, al hacer las renovaciones, tengan la bondad de acompañar una de las fajitas con que recibe LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

TITO

Recomiendo la lectura de esa Pastoral a muchos, titulados cristianos, que me han ensurado acre y despiadadamente por haber dicho, no una sino cien veces, lo dicho por el Primado de las Españas. En estas columnas he escrito que era preciso «ir al pueblo», «amar al pueblo», «conquistar al pueblo», «dar al pueblo mayor intervención en el desarrollo y en el reparto de la riqueza», «sacrificar cuanto fuese posible por el bien del pueblo». Y al escribir eso, legión inmensa de gentes desconocedoras de la realidad, y aun de la Religión, cayó sobre mí, tildándome poco menos que de anarquizante y de sindicalista, siendo mi único pecado decir que encontraba justas las demandas de mayor salario, de menor jornada, y de más directa intervención en la marcha del trabajo. Me daba cuenta de que «la democracia caminaba en su avance con movimiento acelerado» y que era suya oponerle obstáculos. En vez de eso le abría cauce, y resolviendo en paz y amor los pleitos que planteaba, no hacía otra cosa que cumplir al pie de la letra los preceptos de un Hombre Dios que es el Dios-Hombre de los cristianos y del cual se olvidan con sobrada frecuencia muchos titulados periodistas y políticos cristianos, políticos y periodistas que seguramente no han leído ni una sola vez los Evangelios, en donde la doctrina del Divino Maestro está escrita.

INFORMACIONES DE MADRID

LO DEL DIA ESO IREMOS GANANDO

Tan en serio han tomado algunas autoridades y han hecho muy bien el cuidado de que los periodistas cumplan fidelmente el descanso dominical, que un gobernador civil ha impuesto multas a revisores de toros que el domingo último se permitieron trabajar en la plaza.

Ya es sabido en qué consiste ese trabajo: llegar a la plaza, sentarse en un sitio determinado; colocarse sobre las piernitas unas cuartillas; empuñar con la diestra un lapicero y escribir mientras se desarrollan los lances de la lidia.

Antes, cuando se publicaban periódicos los domingos, el revisor de toros había forzosamente de redactar la reseña repentinamente. Eso supone una gran tortura y es muy expuesto a que resulte maltratada la gramática, sobre todo si con ninguna de sus cuatro partes anda en muy buenas relaciones el revisor. Ahora, el que se proponga trabajar en la plaza, si se lo permiten, habrá de concretarse a tomar unas notas que le sirvan luego de base para redactar tranquilamente una reseña más cuidada.

Ya esto último, caso de no oponerse los gobernadores, sería un bien para la gramática y para los periódicos.

Lo otro, la medida más radical, es sin disputa un bien mayor. Porque las revistas de toros han solidado constituir, dentro del cuadro general de la Prensa española, un mundo aparte, sin explicación.

Ellas, siendo reflejo de una fiesta en que la incultura y la brutalidad tienen no escasa manifestación, han gozado de un privilegio que jamás ha correspondido a las referencias de otros actos que caen dentro del orden cultural.

Probablemente los lectores de los periódicos no tolerarían que al hablar del estreno de una obra dramática, por importante que fuese, el revisor lo hiciera por este estilo:

«Se levanta el telón. Sale el actor Godfín por la izquierda. Viste cota de mallá. El personaje que representa se llama Veremundo. Al salir tose. Adelanta dos pasos

y retira con el pie derecho una corteza de naranaja que ha dejado sobre la escena algún tramoyista descuidado. Hecha esta operación se dirige hacia la dama, que es la García, lleva mirriñaque y representa una doncella que se llama Beatriz, y con tono melifluo le dice: «¡Ya he vuelto!» Y así sucesivamente los tres, cuatro o cinco actos de la obra. Sería intolerable, es cierto.

¿Pero por qué ha de ser menos intolerable que se aplique ese sistema, llenando tres y cuatro columnas de un periódico, a relatar puntualmente los lances de una corrida de toros, sin que se escapen ni un paso ni el menor gesto de cada uno de los lidiadores, y expresado todo por lo regular con desaliño y a veces—muchas veces—del modo más grosero?

Para un «Sobaquillo»—Cavia no hacía precisamente revistas de toros, sino joyas literarias a propósito de las corridas—; para un revisor que se conduzca con discreción, hay mil que, por si fuera poco lo que de inculco tiene reflejar fotográficamente las fiestas de toros, aun contribuyen ellos en mayor medida a la general incultura al convertir los periódicos en vertederos de dicitos, de palabras socas y en saco a cuyo fondo van a parar los más incalificables atentados a todas y cada una de las partes de la gramática.

Bien harán los gobernadores civiles en imponer multas a los revisores de toros que pretendan trabajar los domingos en la plaza. Redúzcanse a simples espectadores, con las manos quietas, y sirvannos el lunes una reseña de conjunto, hecna sin apremios.

Así, hasta podrán permitirse algunos hacer literatura, repasar las cuartillas y proceder a la eliminación de dislates como aquellos de «El toro quedó hecho un Ecce-Homo», «Toreó por verónicas como los ángeles», «La estocada le resultó mejor que la Virgen»...

Y eso irán ganando los periódicos... y los lectores.

Hace cincuenta años

Día 24 de febrero de 1870
Los periódicos de hoy por la mañana publican las siguientes noticias, referentes a los planes carlistas:

TEATRO REAL

Despedida de Borgioli
El «divo» de esta temporada se despidió anoche del público del teatro Real, en el que ha conquistado en la temporada que termina admiración y simpatía.

mita poner ya en escena este año la grandiosa ópera wagneriana.

CASA REAL

Con motivo de celebrar hoy su cumpleaños S. A. la Infanta doña Luisa, la Corte ha vestido de media gala.

La vida en Madrid

LO BELLO Y LO UTIL
Salimos de casa después de las once de la mañana y vemos que los comercios están con los cierras metálicos o las puertas de madera cerradas en unos y a medio cerrar en la mayoría.

los tupis y casas de comer se había dejado abierto el pestillo para que entrasen los consumidores. Bueno era protestar y hacer como que se cerraba; pero sin que se resintiera el negocio. Eso sí que se llama hacer compatible lo bello con lo útil.

UN CUENTO El gran Alejandro

Teníamos entonces por vecino a un panadero que pasaba, y con mucha razón, por un hombre respetable. Se llamaba Leonardo, y en el tiempo en que era estudiante había obtenido un primer premio de dibujo en la escuela primaria de Molenbeek-Saint-Jean.

Resfriados Causan Dolores de Cabeza y Neuralgia

Dolores de Cabeza o Neuralgia causados por un Resfriado se alivian pronto tomando el LAXATIVO BROMO QUININA (Pastillas). Sólo hay un «Bromo Quinina». Exíjase el Legítimo con la firma de E. W. Grove en cada cajita. Paris Medicine Co., St. Louis, Mo., E. U. de A.

LAS TARIFAS FERROVIARIAS LA MANIFESTACION DE HOY

En la Presidencia

A las doce y media próximamente llegó a la plaza de Colón la cabeza de la manifestación organizada por los elementos del comercio, gremios, etc., para protestar contra el proyecto de aumento de tarifas ferroviarias.

La Comisión ante el Presidente

El Sr. Allendesalazar, acompañado del secretario de la Presidencia, Sr. Canals, recibió a la Comisión, invitándola a que le expusieran sus aspiraciones.

Llevó la voz de los comisionados el señor Bermejo, presidente de la Defensa Mercantil Patronal. Este manifestó que el pueblo de Madrid acudía al Gobierno para expresar su protesta contra los procedimientos puestos en práctica para ayudar a las Compañías ferroviarias, y su disconformidad contra la elevación de las tarifas.

Hablaba el Sr. Bermejo, según manifestó, en nombre de los gremios, del Comercio, Cámaras y otras entidades representativas de fuerzas vivas, y pedía, en nombre de los mismos, que no prosperara la forma en que se pretende auxiliar a las Compañías, y que antes de que se consuma el atropello que ello entrañaría, se estudie otro medio de auxilio, aunque él podría decir que del estudio hecho de la situación de las Compañías, y particularmente de los balances, las Compañías no necesitan tal ayuda, como lo demuestra el hecho de que con los ingresos que obtuvieron en 1918 repartieron dividendos casi todas las Compañías, aunque hubo algunas que no llegaron a darlo, y que en cuanto al ejercicio de 1919, en el cual los ingresos han tenido que ser forzosamente mayores, las Compañías han tenido el buen cuidado de no facilitar los datos precisos para juzgar su situación económica.

«De todas maneras—siguió diciendo el señor Bermejo—, es un factor muy interesante no perder de vista la mala administración de que son objeto algunas Compañías de ferrocarriles, pues bien administradas tendrían recursos sobrantes para atender a todas sus obligaciones.

Fundándose en que la aprobación del proyecto sería para España la ruina de su economía, aparte de la agravación del problema de la vida, pidió la Comisión que en manera alguna sea llevado adelante; manteniendo esa actitud con más firmeza que otros elementos, porque el comercio vendría a ser, en definitiva, el blanco de las iras del pueblo.

«El problema ferroviario es una cuestión nacional, y la política de este carácter ha sido estimada como tal en todas las naciones.

El Sr. Bermejo solicitó la venia del Presidente para ampliar sus manifestaciones, y obtenida hizo resaltar la actitud de la masa de los ferroviarios, contraria al aumento de tarifas y hasta anunciando la huelga.

bles a las peticiones y otros en el sentido de otras orientaciones.

Intervención poco oportuna

Antes de que la Comisión abandonase el despacho presidencial, el presidente de la Federación Patronal, Sr. Junoy, consignó su protesta contra los atentados de que vienen siendo víctimas elementos patronales; pero se produjo en términos un tanto descompuestos y que no correspondían al sitio en que se encontraban ni a los respetos que se deben a un jefe de Gobierno.

Pequeño tumulto
Al salir la Comisión de la Presidencia, se dirigió a los manifestantes el presidente de la Sociedad de Peluqueros, expresándole la mala impresión que le había causado la entrevista con el jefe del Gobierno, en la cual no había oído ni una frase de aliento en pro de su actitud.

Como las cosas fueran adquiriendo mal cariz, intervino la fuerza pública, maniobrando la Caballería del Cuerpo de Seguridad con los sables desenvainados, para alejar los grupos que permanecían estacionados ante la Presidencia, dando gritos y silbidos.

La Policía practicó algunas detenciones. Transcurridos unos momentos, renació la tranquilidad, disolviéndose los grupos.

En Fomento

Dos Comisiones han visitado al ministro de Fomento. Una, de la Federación Mutualista Ferroviaria, para conocer la contestación a su fórmula del día anterior y reiterar que a los empleados y obreros de todas las Asociaciones, lo que les interesa es cobrar el aumento de sus pequeños jornales y sueldos desde 1.º de marzo.

La otra Comisión era de la Sociedad de comisionistas y viajeros de comercio para exponer al ministro los perjuicios que les ocasionará la elevación de tarifas y el punto de vista que a ellos afecta en cuanto dificultará el intercambio comercial.

La primera Comisión respondió el ministro de Fomento que en el Consejo se había tratado de la fórmula propuesta por la Federación Mutualista de Ferroviarios, que discutieron con atención los ministros, reayendo el acuerdo de que no tenía viabilidad, pues no es posible dar por decreto la elevación de tarifas estando abiertas las Cortes.

Al salir de visitar al ministro, dijeron los comisionados de la Federación Mutualista Ferroviaria que en vista de la contestación del Gobierno, creía que se verían obligados los ferroviarios a tomar energías medidas.

Las conclusiones

Primera. Protestar contra todo cuanto suponga elevación de las tarifas ferroviarias de transporte, por considerarlo ruinoso para la economía nacional.

Segunda. Nacionalización (no incautación) de todas las Empresas ferroviarias.

Tercera. Considerar como suficientemente productivas las actuales tasas de percepción por tonelada y kilómetro, pues hay que tener en cuenta que todas las tarifas especiales, por las cuales perciben las Compañías más del 60 por 100 de sus ingresos totales, han sido elevadas en proporción muy superior al 35 por 100 que ahora se solicita, pues las mercancías más favorecidas, y que en 1914 se transportaban por un tipo mínimo de percepción por tonelada y kilómetro de cuatro céntimos de peseta, y que las Compañías consideraban como beneficioso y remunerador, ha sido elevado hasta ocho y diez céntimos actualmente para esas mismas mercancías, que siguen siendo las más favorecidas.

No hay que olvidar el actual estado de los cambios: es una circunstancia que debe tenerse en cuenta.

Las más lindas toilettes están en
LA VILLA DE PARIS
Tailleurs - Visitas - Soirée

LA MODA AL DIA

Para admirar elegancias
HOTEL RITZ
Comidas - Tés - Bailes

A LAS LECTORAS

EL ARTE DE PERFUMARSE

El uso de los perfumes es muy antiguo. Durante muchos años los perfumistas trabajaron con fórmulas empíricas, y los progresos de este arte han sido muy lentos en el espacio de varios siglos. Hoy día, la perfumería es una ciencia que exige no sólo una gran experiencia práctica, sino además conocimientos especiales de varias clases.

Estos últimos años, la perfumería, siempre en progreso, ha sabido mejorar, cada vez más, su fabricación, y crear una cantidad de productos nuevos. Ha conseguido, especialmente, fabricar extractos excesivamente concentrados, que no manchan y que conservan durante varias horas su perfume, con la misma fragancia y suavidad que en el momento en que se impregnan las telas.

Sin embargo, hay que recomendar mucha prudencia a las que tengan un gusto immoderado por los perfumes y, por tanto, abusan de ellos. Muy a menudo ocurre que los perfumes que preferimos son los más nocivos a nuestra salud. Gretry, por ejemplo, adoraba el perfume de la rosa, que le producía jaquecas, y la Emperatriz Josefina amaba con pasión el almizcle, que la emborrachaba. Un gran número de flores muy perfumadas ejercen una influencia penosa sobre el cerebro y sobre los nervios, como son el jazmín, la magnolia, la tuberosa y la vainilla.

Por el contrario, se reconocen los efectos saludables y tónicos del espliego, menta, verbena, tomillo, canela, cidra, y particularmente del benjuí.

Así es que para sanear una habitación conviene quemar unos cuantos terrones de azúcar y benjuí, y fumigar por la habitación. Una de estas fumigaciones es a veces suficiente para curar un constipado, una ronquera, y sobre todo la influenza. La esencia de cidra sana la atmósfera de la habitación de un enfermo.

Sucede con los perfumes lo que con las alhajas: abusar de ellos es carecer de elegancia y distinción.

Las romanas perfumaban de manera distinta cada una de sus prendas de vestir; pero hoy día la mujer elegante, distinguida sólo debe tener un perfume, que cambiará lo menos posible.

En general, los extractos son preferidos a los polvos. Algunos saquitos o almohadillas en los armarios; el iris, particularmente para la ropa blanca, puede



¡Que raro es el vestido que no resulte bonito si lleva volantes plisados! Este modelito tiene dos sobre un cuerpo liso, con cuello marinero y unos bolsillos bordados.



Muy sencillito, cual conviene a un vestido de diario, apenas lleva unas trencillas de lana «beige» y un «toque» asimismo «beige» en los bolsillos.



Los volantes son lisos y apenas tienen vuelo; el vestido está combinado con dos tejidos, marrón uno de ellos, y a cuadros difuminados marrón y «beige» el otro. El cuello vuelto y las carteritas del tejido liso.

servir para hacer desaparecer el olor que toman las cosas encerradas. También se deben emplear para el papel de cartas, los guantes y los abanicos, a los cuales la piel de España, sobre todo, comunica un olor suave, agradable y persistente. Para los trajes, pañuelos y encajes se deben usar con preferencia los extractos.

Una muchacha joven no puede llevar el mismo perfume que su madre. El baile autoriza un olor un poco más acentuado que la comida. En esto entra el gusto personal: depende de las circunstancias.

Desgraciadamente, hay muchas personas que, fiándose de un bonito rótulo, adquieren perfumes mal preparados, que dentro del frasco tienen un olor muy agradable, pero al contacto del aire se desnaturalizan y se hacen absolutamente insostenibles, sobre todo para los vecinos, pues la persona que los lleva los siente mucho menos que los que nos rodean.

Hay un medio para no ofuscar el olfato de los vecinos, que tal vez no tengan el mismo que nosotros. Perfumar los vestidos por el revés, con un vaporizador; de este modo sólo llegará al olfato de los que les rodeen un perfume velado y discreto.

Una elegante sabrá elegir el perfume según sea su temperamento, sentimental o apasionado.

El perfume tiene su lenguaje: y así como el ámbar sienta bien a la fogosidad de ciertos temperamentos de «mujer morena», las rosas acompañan muy bien los ensueños y languideces de las rubias, según miente la fama.

M. DE M.

CONSEJOS

Si una mujer tiene las orejas taladradas, puede llevar pendientes; pero si la casualidad ha querido que sus padres sean bastante inteligentes para no consentir este pequeño acto de salvajismo, que no lo hagan; si la oreja es bonita, no pierda en belleza, y si es fea, no atrae la mirada sobre una imperfección.

Algunas mujeres tienen todavía el mal gusto de llenarse los dedos de sortijas; no hay nada menos «select». Algunas manos consienten tener sortijas, pero a otras las vulgariza. La sortija ha de ser o de valor o muy rara; siendo de valor deberá llamar la atención por la delicadeza del trabajo y lo fino de la montura.

La casa de una señora debe llevar el sello de su gusto personal. Si hay una nota disonante, únicamente a ella se achacará la falta de gusto. Nadie, al admirar un interior bien puesto, piensa en el mueblista.

¿Es eso lo que le aconsejas, porque cuentas compartir con él esa vida miserable? ¿No has sabido inventar nada mejor?

Y cayendo sobre su rival, radiante de pasión y de orgullo, la mujer legítima exclamó:

—Su suerte depende de un hombre que te adora, que lo sacrifica todo por ti, como yo lo sacrificaría todo por Sergio. ¿Y no te has arrojado a los pies de ese hombre? ¿No le has ofrecido tu vida por la de tu amante? ¿Y dices que le amas?

—¿Quieres que le salve para conservártelo?

—¡Ah, no puedes contener el grito de tu corazón!—dijo Miquelina con desdén—. Pues bien; mira todo lo que yo estoy pronta a hacer, y compara. Si por tranquilizar tus celos es preciso que me sacrifique, te juro que una vez en salvo Sergio, yo no le volveré a ver.

Y Miquelina, casta, serena, con las manos elevadas al cielo, pareció crecerse.

Juana, trémula, dominada, vencida, balbució:

—¿Eso harías?

—¡Y haría más!—dijo la mujer legítima, humillada ante la mujer impura—. Debería odiarte, y me arrojé a tus pies; haz lo que te suplico y te lo perdono todo, y hasta te bendeciré. ¡No vaciles, sigúeme, corramos a echarnos a los pies del que has ultrajado; su generosidad no cederá a la nuestra, y viendo que sacrificamos nuestro amor, él sacrificará su venganza.

Esta grandeza de alma, esta generosidad despertó en el corazón de Juana sentimientos que creía muertos; permaneció silenciosa; después, su pecho se desgarró en sollozos, y sin fuerzas, cayó en brazos de Miquelina, que se los tendía llena de piedad.

—¡Perdóname, estoy vencida! Tus derechos son sagrados y acabas de hacerlos aún más respetables. Conserva a Sergio; a tu lado será honrado, dichoso, porque si tu amor no es mayor que el mío, es más elevado, más puro...

Y las dos mujeres rivales y unidas por el mismo sacrificio, corrieron a salvar al hombre que adoraban.

Entretanto, Sergio, que había quedado en el pequeño salón, saboreaba la esperanza que Miquelina le había hecho concebir, y rendido de aquella noche sin sueño, quebrantado por las emociones que había sufrido, encontró bienestar relativo en la calma recobrada, muy ajeno de la terrible escena que tenía lugar a pocos pasos de él entre Juana y Miquelina. El heroísmo apasionado de su mujer y la abnegación resignada de su amante no llegaron a su noticia.

El tiempo huía... Hacía una hora que Miquelina le había dejado para ir a hablar a su madre, y Sergio empezaba a encontrar que la entrevista se prolongaba mucho, cuando un paso ligero le hizo estremecer. Venían por la galería; pensó que era Miquelina, y abriendo la puerta, quiso ir a su encuentro, pero retrocedió descontento, inquieto, al hallarse frente a frente con Pedro.

Aquellos dos hombres no se habían encontrado solos desde la terrible noche de Niza. El príncipe quiso hacerle buen semblante, y afrontando su mirada enérgica y esforzándose por sonreír, dijo:

—¡Hola! ¿Sois vos?

—¿No me aguardabais?—repuso Pedro, cuyo acento áspero resonó en las entrañas de Sergio.

El príncipe iba a preguntar, pero el joven no le dejó, y con acento duro y provocativo repuso:

—Os hice una promesa, que sin duda habéis olvidado; yo, en cambio, tengo buena memoria. ¡Sois un miserable y vengo a castigaros!

—¡Pedro!—exclamó Panine, ciego de cólera.

Y calmándose súbitamente, añadió:

—Idos; nada tengo que ver con vos.

—Es preciso que me escuchéis. Sois para la familia en que habéis entrado un motivo de desgracia y de vergüenza, y puesto que no tenéis el valor de mataros, vengo a ayudaros yo. Tenéis que dejar a París al punto, si no queréis dar en manos de la justicia; partiremos los dos; iremos a Bruselas, allí nos batiremos... Si la suerte de las armas os favorece, libre seréis de continuar vuestras infamias; pe-

jero una existencia de privaciones que terminaría en breve con la muerte.

Aquella niña dulce, débil, necesitaba el bienestar material y la seguridad moral. Su marido iría de caída en caída a dar en el fango, arrastrando consigo a la pobre niña, y la patrona veía a su hija, aquella hija que ella había criado entre pluma y seda, muriendo de miseria sobre un escañón. Prevenida a tiempo, correría en su auxilio, y entonces aquel marido perverso, que la odiaba, le rehusaría la entrada en la estancia en que agonizara Miquelina...

Furor increíble se apoderó de ella; su amor maternal se sublevó, y en el silencio del salón murmuró estas terribles palabras:

—¡No, no será!

La puerta que se abrió la hizo volver en sí, y se adelantó al encuentro de Marechal, que llegaba muy agitado. Desde la llegada de Cayrol, no sabiendo qué hacer, se había ido a dar una vuelta por El Crédito Universal, y allí había visto con sorpresa que las oficinas estaban cerradas. Se había informado del portero de la casa, uno de esos soberbios personajes vestidos de paño azul, a propósito para imponer a los accionistas, y este funcionario, con indignación, le refirió que a consecuencia de la queja de un miembro del Consejo, la Policía había visitado la casa, se había hecho cargo de los libros y había cerrado las habitaciones después de hacer constar la fuga del director de la Sociedad.

Marechal, aterrado, había vuelto al palacio de la calle de Santo Domingo para advertir a madame Desvarenes; era preciso tomar medidas para hacer frente a esta nueva complicación. Esta intervención de la Policía era ya un principio de litigio judicial. Y entonces, ¿qué responsabilidad no alcanzaba al príncipe?

Madame Desvarenes escuchó sin decir una palabra lo que le decía Marechal. Esta vez los sucesos caminaban más de prisa de lo que ella deseaba; el miedo de los accionistas del Crédito precipitaba las cosas más de prisa que el odio de Cayrol. ¿Qué iba a descubrir la justicia en los agiotajes de Herzog? Estafas, falsificaciones quizás. ¿Adónde había ido a parar

el príncipe? La casa Desvarenes, que no había recibido jamás la visita de un alguacil, iba a ser quizás deshonrada por la presencia de la Policía.

La patrona, en aquel momento decisivo, volvió a ser la mujer de los primitivos tiempos, la mujer viril de la juventud, y Marechal quedó más aterrado de su repentino vigor que lo había estado de su abatimiento. Al verla dirigirse a la puerta hizo un ademán para detenerla y exclamó:

—¿Adónde vais, señora?

La patrona dirigió una mirada que le dejó helado y dijo con ronco acento:

—A arreglar mis cuentas con el príncipe.

Y pasando por la puerta que daba a la escalera interior, subió a la habitación de su yerno.

XXII

Al separarse de Herzog, Sergio se dirigió a la calle de Santo Domingo. Había retardado el momento de su entrada cuanto había podido; pero ya las calles se llenaban de gente, podía encontrar personas conocidas, y estaba resuelto a conocer la acogida que en su casa le preparaban. Por el camino fué pensando lo que debía hacer y decir, buscando el medio de colocarse en un terreno de conciliación con su mujer y con su temible suegra. Ya no estaba valiente, sentíase abatido. Sólo madame Desvarenes podía sacarle del apuro en que se hallaba y ponerle en su antiguo pie de vida, y cobarde en la desgracia como insolente había sido en la prosperidad, aceptaba de antemano las humillaciones que la patrona le quisiera imponer, con tal que le escudase con su protección.

Tenía miedo; no sabía hasta dónde le habría podido comprometer Herzog. El sentido moral había desaparecido en él, y no podía apreciar la gravedad de su falta, pero tenía el instinto del peligro. Las últimas palabras del negociante eran harto significativas: «Confesadlo todo a vuestra mujer; ella os sacará del apuro.»

Comprendía todo el alcance de estas palabras. Miquelina le amaba, y dirigiéndose a su corazón, por hacerado que estuviese, se haría de él un aliado, y sabido es que

